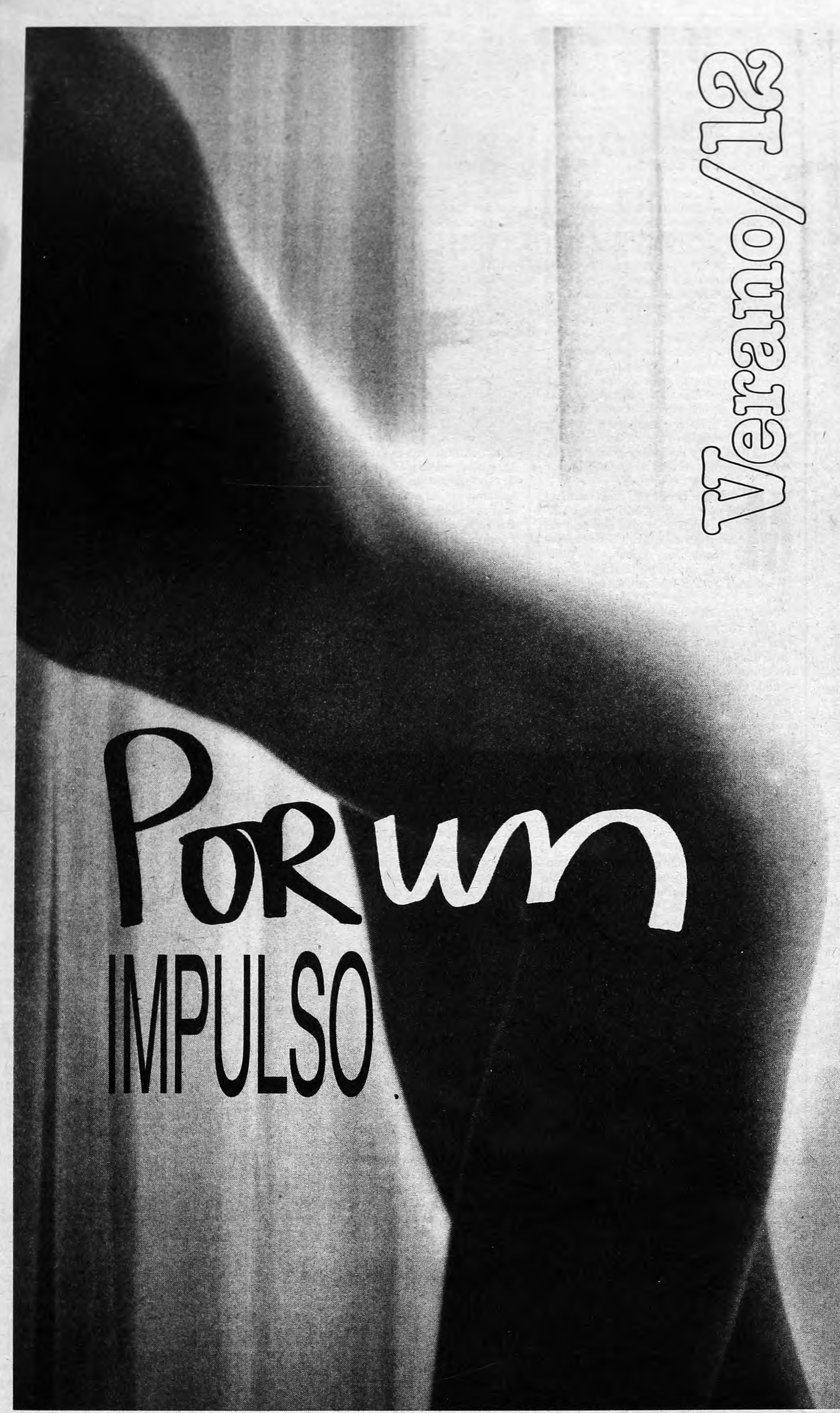


(*Por Loca... Como tu Madre*) Más que levantarse temprano, lo mejor es no dormir.

El Registro Nacional de las Personas amanece a las seis. Entre fisurada y de mal humor me toca el número 65 y nos sentamos, los 64 y yo, en unas sillas de plástico blanco.

Miro alrededor, algunas de las empleadas se parecen al personaje de Gasalla. La monotonía de la espera me adormece y de a ratos me sobresaltan, como el peor recuerdo del colegio, las voces amplificadas por un megáfono tercermundista que aumenta mi mal humor. ¡Detesto sentirme parte de un rebaño de gente toda igual! Cierro los ojos para que el sueño me lleve a vivir una experiencia nuclear, veo a esta multitud volverse cada vez más pequeña y alejarse en el espacio. Me estoy durmiendo.

Sorpresivamente te tropezás tratando de pasar adelante mío. Te veo la espalda en medio de esta masa de gente común y corriente; vas en busca de tu identidad y te toca el 72.

Nos reconocemos como animales con antenas virtuales, te miro descaradamente con los anteojos negros y vos te reís. Te sentás en el asiento de adelante y me mostrás la nuca cada vez que te hacés la colita. ¡Me gustás, 72! Este lugar, ¿también será Registro Civil?

Me encanta dominarte desde atrás. Apoyo los borcegos para molestarte y te hacés cargo.

El megáfono chilla mi número, me paro y no pierdo la oportunidad de que sientas la piel de mis piernas. Me seguís, pero una gorda amarga te obliga a respetar el turno. ¡Fuck off!

Miro a la que me pone tinta en los dedos y aparece en mi cerebro la cita obligada: Pink Floyd. The Wall.

Mientras el fotógrafo intenta convencerme de que me saque las gafas, te aparecés haciéndome señas para que abandonemos este under sitio. Sin pensarlo dos veces suspendo el trámite y salimos agarrados de la mano, corriendo y saltando como en la más cavicha de las películas.

Los dos cargamos con nuestros respectivos bolsos y no te pienso preguntar adónde vamos. Después de unas pocas cuadras la puerta de un telo nos invita a entrar (pasen y vean).

Habitación 19.

Nos desnudamos los dos al mismo tiempo, nos besamos con las ganas atrasadas del Registro Nacional, nos tiramos en un divino colchón de agua...

Te toco, todo por primera vez y quizá por última. Nos gozamos, nos entregamos y practicamos todas las maneras de estar uno dentro del otro.

Impúdicamente suena el timbre que signa el fin de nuestras dos horas de gloria.

–¿Le pedimos un ratito más?

–¡No! Le pedimos que no nos moleste.

Me fui de Buenos Aires cantando "Sin documentos", de Los Rodríguez, con los genitales enfermos y descoloridos de Michael Jackson grabados en mi mente y sin haber podido ver a Aerosmith. Me fui por un impulso.

Me fui a Pinamar, como un montón de gente, a invertir en el país, lejos de la ostentosa y millonaria Mansión Neustadt.

Caí sin darme cuenta en Cariló, donde casi todas las mujeres usan topless como en la Playa Franka de Moria Casán, que fue la primera en decir que se había hecho las tetas, dejándoselas tocar en los teatros de la calle Corrientes.

Tal vez mañana me vaya para Mar del Plata con el 72, que me lo sigue haciendo mejor que en ese primer día.

Por un impulso

Como siempre.

LECTURAS

Hero

Considerado la estrella más brillant
joven literatura española, Ray Lor
novela titulada "Lo peor de todo"
de crítica y público reincide co
unanimidad del Premio de N
compuesto –entre otros– p
Loriga aterrizará en nuest
junio del '94. Mientras ta
estos fragmentos de s
que elige vivir fuera d
himnos del rock. Pá
mayor esfuerzo– d
ellas apenas esc

Conducía un camión lleno de dinamita por la Plaza Roja cuando se dio cuenta de que ya no había nada que hacer allí. Se acordó de la foto de Iggy Pop y David Bowie en Moscú. Trató de encontrarlos pero no dio con ellos. Así que comenzó a angustiarse y se angustió tanto que se despertó.

Le pregunté: ¿Qué coño pasa?

Y dijo: Nada, sólo era un sueño.

Después volvimos a quedarnos dormidos. Soñé que tenía una pistola de plata. Una pistola preciosa. Primero disparaba contra el tío que mató a Lennon y pensaba: eso está bien, pero después me ponía a dispararle a todo el mundo. Disparaba sobre los que iban de uniforme y me daba igual que fueran policías, carteros, azafatas o futbolistas. Sinceramente no sabía qué pensar al respecto. Cuando se terminaron las balas, tiré la pistola al suelo y eché a correr. Corría tan deprisa como podía, y podía correr realmente deprisa. Tanto que los niños temblaban en sus asientos cuando pasaba cerca de un colegio. Corría mucho más deprisa de lo que he corrido nunca despierto, dos o tres veces más. Cuando llegué a Moscú me puse a buscar a Iggy y a Bowie, pero para entonces ya era viejo y estaba cansado. Un chico con una cazadora de cuero roja me dijo: Bowie ya no está aquí, se ha ido a Berlín, Iggy está con él. Hace un rato ha venido tu chica, pero ella corría más que tú. Ya debe estar allí. Después el chico se marchó y me quedé solo y empecé a comprender que todo era un sueño, desde el principio. Porque yo no podía ver en sus sueños y porque ni siquiera tenía chica.

Muchos años más tarde estuve en Berlín con ella y, a pesar de que Bowie ya no estaba allí, pasamos un tiempo extrañamente feliz. Berlín es una ciudad jodidamente extraña. Contamos ángeles debajo de la lluvia, saludamos a la gente del circo cuando ya se marchaban, compramos medallas a los desertores y yo me acordé de algo que decía Bob Dylan: "Te dejaré estar en mis sueños, si yo puedo estar en los tuyos".

Estábamos todos bebiendo, pero de alguna extraña manera, como casi siempre, yo había perdido el ritmo. Era ingenioso cuando los demás eran entusiastas y entusista cuando ya todo el mundo empezaba a ser reflexivo y reflexivo cuando todos querían divertirse y estúpidamente divertido cuando ya andaban cansados. Alguien gritaba: ¡Somos príncipes!, y yo repetía: ¡Príncipes, sí príncipes!, y entonces otro decía: ¡Somos ángeles!, y yo decía: ¡Angeles sí, ángeles! y corríamos de un lado a otro a por más cerveza y alguien ponía coca en una mesa de cristal y luego uno simpático, pequeño y feo pero al mismo tiempo especial y hasta guapo a su manera como una de esas ranas que uno sabe que acabarán convirtiéndose en príncipe, me dio medio ácido y me pasó una botella de vino. Después llegó un rato malo, sin mucha gracia, la conversación se hacía pesada, como puré de verduras o algo así, hasta que apareció una preciosa chica rubia y alguien dijo cómo se llamaba, pero no me enteré, y se sentó en el suelo y el príncipe rana le pasó una guitarra y ella se puso a cantar con una voz que parecía estar agarrada a una cornisa con una sola mano y cantó algo sobre un corazón que pasaba la noche fuera de casa y que volvía siempre por la mañana destrozado en mil pedazos. Cuando terminó su canción todo el mundo aplaudió, y la chica rubia no dijo nada.

Tenía una sonrisa pequeña y eso fue todo lo que nos dio, aparte de la canción. Luego se metió en una de las habitaciones con uno de los tíos que había por allí. Uno de esos que definitivamente no se lo merecen.

Cuando me empezó a subir el ácido pensé: bueno, se acabó. No puedo seguir con esto; el trabajo y la apisonadora RESPONSABILIDAD-CULPA-DIOS TE QUIERE-TU FAMILIA TE QUIERE-TU NO TE QUIERES PERO ESO SE PUEDE ESPERAR. Pensé simplemente: adiós, se acabó. Seguí bebiendo cerveza y vino tan deprisa como pude y luego me levanté para cantar algo pero no me acordaba de ninguna canción, así que traté de recordar la canción de la chica rubia y se me ocurrió que si la cantaba la chica saldría del cuarto y me diría algo. Algo bueno o algo malo, pero algo. El caso es que no me acordaba de la letra y terminé por cantar un trozo de una canción de legionarios. Soy un hombre a quien la suerte hirió con zarpa de acero, soy el novio de la muerte. Un niño de unos quince años que había ido allí a comprar caballo me tiró una lata de cerveza a la cabeza. Caí al suelo pero todavía estaba entero. Cogí la lata, la abrí y me senté a beber en silencio. No dije nada más en toda la noche. Antes de que todo empezara a moverse decidí que lo único que necesitaba era una habitación pequeña donde poder buscar mis propias señales. Sabía que no debería haber abandonado la primera habitación. Hacía casi diez años que lo había hecho. Vi claramente que todo funcionaba mal desde entonces. Empecé a imaginar cómo sería mi nueva habitación y decidí que no saldría de ella hasta estar verdaderamente capacitado para engrosar las filas de los ángeles.

Mi hermano perdió una oreja en un accidente de tráfico. Mi hermano perdió su oreja y yo tuve que salir del cuarto para ir a buscarla o para ver por lo menos cómo quedaban las cosas después de eso. Mi hermano se quedó sin oreja y ésa es básicamente toda la historia.

Nunca hubiera salido si no hubiese sido por su oreja. No hay gran cosa que contar. Yo estaba en mi cuarto y mi hermano perdió una oreja. Eso es lo que pasó. Ni más ni menos. A veces me he sentido desnudo y a veces me he sentido como un puzzle en las manos de un imbécil, pero nunca he perdido una oreja. Por eso salí del cuarto.

Algunas mañanas eran iguales a otras mañanas en las que yo era considerablemente más pequeño, en las que era pequeño de verdad y, aunque venía rebotado de circunstancias muy distintas, la sensación era casi la misma. Como dos caídas separadas por veinte años pueden suponer el mismo daño.

La sensación de niño era fundamentalmente la de estar desarmado, y en las mañanas de las que estoy hablando la sensación era la misma pero peor, como estar desarmado para siempre. En estos casos la duración de la putada es fundamental, porque no es lo mismo torcerse el tobillo que ser cojo. Un dragón al que se le ve el final de la cola no es un dragón demasiado peligroso, y un tren de diez vagones puede pasarte por encima pero no puede estar pasándote por encima toda la vida. Aunque probablemente no sea muy buena idea enfrentar la longitud de tu suerte a la longitud de un tren. El caso es que en mañanas como ésas me sentía francamente jodido, y trataba de encontrar una molestia nueva y me reventaba encontrarme con la estúpida molestia de la infancia. Y no sólo por las mañanas, también por las tardes o por las noches corres el riesgo de tropezarte con cuerdas y palos y balones y ventanas y camas y todo tipo de familiares y amigos y desconocidos y programas de televisión. Como la sensación de estar tumbado con la cara pegada a la hierba, que creías que había desaparecido para siempre. Es algo parecido a ser capitán del barco y que todos tus buques se llamen *Titanic*.

En medio de estas mañanas iguales siempre pensaba, y lo sigo pensando ahora, que no todo lo que encuentran en tus bolsillos es tuyo.

Siempre quise ser una estrella del rock and roll. Si me hubieras preguntado a los diez años, si lo hubieras hecho, ¿sabes qué habría respondido? Coño, tío, lo único que de verdad quiero es ser una estrella de rock and roll. Eso es lo que te hubirera contestado, pero si no preguntas, ¿cómo demonios vas a saberlo? Quería conocer algunas drogas y dormir poco, pasar algún tiempo sintiendo que mi cuerpo y mi cabeza corrían por caminos distintos. Quería estar solo demasiado tiempo y rodeado de gente demasiado tiempo, quería sentir cierto dolor extraño al que sólo las estrellas de rock and roll están expuestas y quería explicarlo todo de una manera confusa, aparentemente superficial, pero sincera, algo que sólo pueden apreciar los que han estado enganchados a la cadena de hierro y azúcar del rock and roll. Una de esas cosas que no puedes agarrar pero que pueden empujarte o darte de patadas en el culo. Pero nadie preguntaba, y así fue que por el camino estrecho de la más absoluta incomprensión llegué aquí, o al menos eso es lo que creo. Mi madre me dijo: Chico, olvídate de eso. Bajará Dios del cielo para felicitarme por mi asado antes de que tú seas una estrella. Pero yo seguí a lo mío. Bailando con mi chaqueta roja todas las canciones de moda. Mal alimentado pero bien peinado. Sin esperanzas, sin futuro, pero con mucha clase. Ignorando los jardines y arrojándome de cara contra las ortigas. Bebiendo y subiendo a los ácidos, bajando de las noches de coca como el que se cae de un toro salvaje en un rodeo. Pasándolo bien. Besando a algunas chicas y corriendo después. Más rápido que el autobús del colegio. Más listo que los agentes de bolsa. Tan lejos de ellos como se puede estar. Así que ahora no necesito que nadie me desee suerte. He atado todas vuestras promesas con los cordones de mis zapatos y las he tirado al mar. Es tiempo de celebraciones. Vamos a asistir a algunos cambios. Puedes estar conmigo y deberías estar conmigo porque desde la carretera no vas a ver nada. Voy a pasar tan deprisa que despeinaré a tus hermanos, aunque se hayan encerrado en la despensa. Tengo mi chaqueta roja y la palabra más imbécil en la que puedo pensar es *destino*. Cree en mí o no creas. O mejor muérete. Estoy haciendo lo que puedo. No esperes que te hable de salvación. Sé lo mismo que tú. ¿No crees que podría ser mejor? Los chicos del otro lado de la ciudad ya lo están cantando. Pronto serás el único que no se sabe la letra. Si alguien se hubiera tomado la molestia de preguntar sabría que siempre he querido ser una estrella de rock and roll.

Adónde ibas después de *Satisfaction*? ¿Qué hacías después del *Black and Blue*? Corría por una cuesta que había cerca de casa, era muy duro mientras subías, pero una vez arriba eras el primero en saber si iba a llover. Al otro lado de la carretera estaba el campo de fútbol. Había un tío al que atropellaron de niño mientras trataba de cruzar la autopista. El accidente lo había vuelto simpático. Prácticamente era el único tío simpático de la zona. Las piezas de su cabeza se habían desordenado y después se habían juntado de manera distinta. Tenía un orden mental propio y mejor al de los demás tíos, que andaban por allí.

Bebía cerveza. Compraba una docena de latas y me las iba bebiendo. Las latas se calentaban, pero no me importaba demasiado. Bebía cerveza caliente. Cuando estaba borracho cantaba *Fool to Cry*. Me imaginaba fuera, en un sitio mucho más grande, o dentro, en un sitio mucho más pequeño. El mundo entero o casi nada del mundo. Me sentaba y bebía. Me sentía como si nunca tuviera que bajar. Simplemente estaba ahí sentado, esperando que los Stones no estuvieran demasiado lejos y también que no estuvieran haciendo hada muy diferente. Trataba de estar en la misma órbita que Keith Richards. Aunque nos separas
un millón de kilómetros todo podía salir b
si conseguía meterme en su órbita. Mi ca
za iba de Las Vegas a mis zapatos, y dese
más que nunca tener unas botas de cha
Cuando, de alguna manera, el *Black and B*
se esfumaba todo volvía a ser una mierda.
tonces venía la bajada y no era una bajada n
distinta a la de la cocaína. La carroza era
calabaza y los caballos, ratas. Cuando no c
seguía retener a los Stones en mi cabeza,
vían las ratas.

Eso era todo lo que tenía entonces, o
Stones o las ratas.

Quisiera dedicar una canción a todos aq
llos niños a los que alguien se comió
guna vez en algún lugar del mundo
distintas buenísimas razones, todas e
bendecidas por expertos religiosos o
pertos financieros o simplemente exp
tos en el difícil arte de empalar cuerpos
queños con una lanza. Como uno acaba
dando de casi todo, especialmente del pro
vuelo, o sea de la distancia real que lo sep
a uno del suelo, o lo que es lo mismo de la
tancia que le vas sacando a las cosas, con
ne hacer unas cuantas declaraciones de p
cipios antes de cualquier viaje en barca p

Lecturas

Heroes

Considerado la estrella más brillante en el firmamento de la joven literatura española, Ray Loriga (1967) debutó con la novela titulada "Lo peor de todo". Después de un notable éxito de crítica y público reincide con esta "Héroes", ganadora por unanimidad del Premio de Novela El Sitio otorgado por un jurado compuesto –entre otros– por Juan Marsé y J. Antonio Masoliver. Loriga aterrizará en nuestras tierras y en el ICI a mediados de junio del '94. Mientras tanto –y a modo de exclusivo adelanto– estos fragmentos de su opus 2. La atomizada historia de alguien que elige vivir fuera del mundo y dentro de los más épicos himnos del rock. Páginas que insisten y nos convencen –sin mayor esfuerzo– de "confiar en las canciones" y en todo lo que ellas apenas esconden.

Conducía un camión lleno de dinamita por la Plaza Roja cuando se dio cuenta de que ya no había nada que hacer allí. Se acordó de la foto de Iggy Pop y David Bowie en Moscú. Trató de encontrarlos pero no dio con ellos. Así que comenzó a angustiarse y se angustió tanto que se despertó.

Le pregunté: ¿Qué coño pasa?

Y dijo: Nada, sólo era un sueño.

Después volvimos a quedarnos dormidos. Soñé que tenía una pistola de plata. Una pistola preciosa. Primero disparaba contra el tío que mató a Lennon y pensaba: eso está bien, pero después me ponía a dispararle a todo el mundo. Disparaba sobre los que iban de uniforme y me daba igual que fueran policías, carteros, azafatas o futbolistas. Sinceramente no sabía qué pensar al respecto. Cuando se terminaron las balas, tiré la pistola al suelo y eché a correr. Corría tan deprisa como podía, y podía correr realmente deprisa. Tanto que los niños temblaban en sus asientos cuando pasaba cerca de un colegio. Corría mucho más deprisa de lo que he corrido nunca despierto, dos o tres veces más. Cuando llegué a Moscú me puse a buscar a Iggy y a Bowie, pero para entonces ya era viejo y estaba cansado. Un chico con una cazadora de cuero roja me dijo: Bowie ya no está aquí, se ha ido a Berlín, Iggy está con él. Hace un rato ha venido tu chica, pero ella corría más que tú. Ya debe estar allí. Después el chico se marchó y me quedé solo y empecé a comprender que todo era un sueño, desde el principio. Porque yo no podía ver en sus sueños y porque ni siquiera tenía chica.

Muchos años más tarde estuve en Berlín con ella y, a pesar de que Bowie ya no estaba allí, pasamos un tiempo extrañamente feliz. Berlín es una ciudad jodidamente extraña. Contamos ángeles debajo de la lluvia, saludamos a la gente del circo cuando ya se marchaban, compramos medallas a los desertores y yo me acordé de algo que decía Bob Dylan: "Te dejaré estar en mis sueños, si yo puedo estar en los tuyos".

Estábamos todos bebiendo, pero de alguna extraña manera, como casi siempre, yo había perdido el ritmo. Era ingenioso cuando los demás eran entusiastas y entusista cuando ya todo el mundo empezaba a ser reflexivo y reflexivo cuando todos querían divertirse y estúpidamente divertido cuando ya andaban cansados. Alguien gritaba: ¡Somos príncipes!, y yo repetía: ¡Príncipes, sí príncipes!, y entonces otro decía: ¡Somos ángeles!, y yo decía: ¡Angeles sí, ángeles! y corríamos de un lado a otro a por más cerveza y alguien ponía coca en una mesa de cristal y luego uno simpático, pequeño y feo pero al mismo tiempo especial y hasta guapo a su manera como una de esas ranas que uno sabe que acabarán convirtiéndose en príncipe, me dio medio ácido y me pasó una botella de vino. Después llegó un rato malo, sin mucha gracia, la conversación se hacía pesada, como puré de verduras o algo así, hasta que apareció una preciosa chica rubia y alguien dijo cómo se llamaba, pero no me enteré, y se sentó en el suelo y el príncipe rana le pasó una guitarra y ella se puso a cantar con una voz que parecía estar agarrada a una cornisa con una sola mano y cantó algo sobre un corazón que pasaba la noche fuera de casa y que volvía siempre por la mañana destrozado en mil pedazos. Cuando terminó su canción todo el mundo aplaudió, y la chica rubia no dijo nada.

Tenía una sonrisa pequeña y eso fue todo lo que nos dio, aparte de la canción. Luego se metió en una de las habitaciones con uno de los tíos que había por allí. Uno de esos que definitivamente no se lo merecen.

Cuando me empezó a subir el ácido pensé: bueno, se acabó. No puedo seguir con esto; el trabajo y la apisonadora RESPONSABILIDAD-CULPA-DIOS TE QUIERE-TU FAMILIA TE QUIERE-TU NO TE QUIERES PERO ESO SE PUEDE ESPERAR. Pensé simplemente: adiós, se acabó. Seguí bebiendo cerveza y vino tan deprisa como pude y luego me levanté para cantar algo pero no me acordaba de ninguna canción, así que traté de recordar la canción de la chica rubia y se me ocurrió que si la cantaba la chica saldría del cuarto y me diría algo. Algo bueno o algo malo, pero algo. El caso es que no me acordaba de la letra y terminé por cantar un trozo de una canción de legionarios. Soy un hombre a quien la suerte hirió con zarpa de acero, soy el novio de la muerte. Un niño de unos quince años que había ido allí a comprar caballo me tiró una lata de cerveza a la cabeza. Caí al suelo pero todavía estaba entero. Cogí la lata, la abrí y me senté a beber en silencio. No dije nada más en toda la noche. Antes de que todo empezara a moverse decidí que lo único que necesitaba era una habitación pequeña donde poder buscar mis propias señales. Sabía que no debería haber abandonado la primera habitación. Hacía casi diez años que lo había hecho. Vi claramente que todo funcionaba mal desde entonces. Empecé a imaginar cómo sería mi nueva habitación y decidí que no saldría de ella hasta estar verdaderamente capacitado para engrosar las filas de los ángeles.

Mi hermano perdió una oreja en un accidente de tráfico. Mi hermano perdió su oreja y yo tuve que salir del cuarto para ir a buscarla o para ver por lo menos cómo quedaban las cosas después de eso. Mi hermano se quedó sin oreja y ésa es básicamente toda la historia.

Nunca hubiera salido si no hubiese sido por su oreja. No hay gran cosa que contar. Yo estaba en mi cuarto y mi hermano perdió una oreja. Eso es lo que pasó. Ni más ni menos. A veces me he sentido desnudo y a veces me he sentido como un puzzle en las manos de un imbécil, pero nunca he perdido una oreja. Por eso salí del cuarto.

Algunas mañanas eran iguales a otras mañanas en las que yo era considerablemente más pequeño, en las que era pequeño de verdad y, aunque venía rebotado de circunstancias muy distintas, la sensación era casi la misma. Como dos caídas separadas por veinte años pueden suponer el mismo daño.

La sensación de niño era fundamentalmente la de estar desarmado, y en las mañanas de las que estoy hablando la sensación era la misma pero peor, como estar desarmado para siempre. En estos casos la duración de la putada es fundamental, porque no es lo mismo torcerse el tobillo que ser cojo. Un dragón al que se le ve el final de la cola no es un dragón demasiado peligroso, y un tren de diez vagones puede pasarte por encima pero no puede estar pasándote por encima toda la vida. Aunque probablemente no sea muy buena idea enfrentar la longitud de tu suerte a la longitud de un tren. El caso es que en mañanas como ésas me sentía francamente jodido, y trataba de encontrar una molestia nueva y me reventaba encontrarme con la estúpida molestia de la infancia. Y no sólo por las mañanas, también por las tardes o por las noches corres el riesgo de tropezarte con cuerdas y palos y balones y ventanas y camas y todo tipo de familiares y amigos y desconocidos y programas de televisión. Como la sensación de estar tumbado con la cara pegada a la hierba, que creías que había desaparecido para siempre. Es algo parecido a ser capitán del barco y que todos tus buques se llamen *Titanic*.

En medio de estas mañanas iguales siempre pensaba, y lo sigo pensando ahora, que no todo lo que encuentran en tus bolsillos es tuyo.

Siempre quise ser una estrella del rock and roll. Si me hubieras preguntado a los diez años, si lo hubieras hecho, ¿sabes qué habría respondido? Coño, tío, lo único que de verdad quiero es ser una estrella de rock and roll. Eso es lo que te hubiera contestado, pero si no preguntas, ¿cómo demonios vas a saberlo? Quería conocer algunas drogas y dormir poco, pasar algún tiempo sintiendo que mi cuerpo y mi cabeza corrían por caminos distintos. Quería estar solo demasiado tiempo y rodeado de gente demasiado tiempo, quería sentir cierto dolor extraño al que sólo las estrellas de rock and roll están expuestas y quería explicarlo todo de una manera confusa, aparentemente superficial, pero sincera, algo que sólo pueden apreciar los que han estado enganchados a la cadena de hierro y azúcar del rock and roll. Una de esas cosas que no puedes agarrar pero que pueden empujarte o darte de patadas en el culo. Pero nadie preguntaba, y así fue que por el camino estrecho de la más absoluta incomprensión llegué aquí, o al menos eso es lo que creo. Mi madre me dijo: Chico, olvídate de eso. Bajará Dios del cielo para felicitarme por mi asado antes de que tú seas una estrella. Pero yo seguí a lo mío. Bailando con mi chaqueta roja todas las canciones de moda. Mal alimentado pero bien peinado. Sin esperanzas, sin futuro, pero con mucha clase. Ignorando los jardines y arrojándome de cara contra las ortigas. Bebiendo y subiendo a los ácidos, bajando de las noches de coca como el que se cae de un toro salvaje en un rodeo. Pasándolo bien. Besando a algunas chicas y corriendo después. Más rápido que el autobús del colegio. Más listo que los agentes de bolsa. Tan lejos de ellos como se puede estar. Así que ahora no necesito que nadie me desee suerte. He atado todas vuestras promesas con los cordones de mis zapatos y las he tirado al mar. Es tiempo de celebraciones. Vamos a asistir a algunos cambios. Puedes estar conmigo y deberías estar conmigo porque desde la carretera no vas a ver nada. Voy a pasar tan deprisa que despeinaré a tus hermanos, aunque se hayan encerrado en la despensa. Tengo mi chaqueta roja y la palabra más imbécil en la que puedo pensar es *destino*. Cree en mí o no creas. O mejor muérete. Estoy haciendo lo que puedo. No esperes que te hable de salvación. Sé lo mismo que tú. ¿No crees que podría ser mejor? Los chicos del otro lado de la ciudad ya lo están cantando. Pronto serás el único que no se sabe la letra. Si alguien se hubiera tomado la molestia de preguntar sabría que siempre he querido ser una estrella de rock and roll.

Adónde ibas después de *Satisfaction*? ¿Qué hacías después del *Black and Blue*? Corría por una cuesta que había cerca de casa, era muy duro mientras subías, pero una vez arriba eras el primero en saber si iba a llover. Al otro lado de la carretera estaba el campo de fútbol. Había un tío al que atropellaron de niño mientras trataba de cruzar la autopista. El accidente lo había vuelto simpático. Prácticamente era el único tío simpático de la zona. Las piezas de su cabeza se habían desordenado y después se habían juntado de manera distinta. Tenía un orden mental propio y mejor al de los demás tíos, que andaban por allí.

Bebía cerveza. Compraba una docena de latas y me las iba bebiendo. Las latas se calentaban, pero no me importaba demasiado. Bebía cerveza caliente. Cuando estaba borracho cantaba *Fool to Cry*. Me imaginaba fuera, en un sitio mucho más grande, o dentro, en un sitio mucho más pequeño. El mundo entero o casi nada del mundo. Me sentaba y bebía. Me sentía como si nunca tuviera que bajar. Simplemente estaba ahí sentado, esperando que los Stones no estuvieran demasiado lejos y también que no estuvieran haciendo hada muy diferente. Trataba de estar en la misma órbita que Keith Richards. Aunque nos separasen un millón de kilómetros todo podía salir bien si conseguía meterme en su órbita. Mi cabeza iba de Las Vegas a mis zapatos, y deseaba más que nunca tener unas botas de charol. Cuando, de alguna manera, el *Black and Bue* se esfumaba todo volvía a ser una mierda. Entonces venía la bajada y no era una bajada muy distinta a la de la cocaína. La carroza era una calabaza y los caballos, ratas. Cuando no conseguía retener a los Stones en mi cabeza, volvían las ratas.

Eso era todo lo que tenía entonces, o los Stones o las ratas.

Quisiera dedicar una canción a todos aquellos niños a los que alguien se comió alguna vez en algún lugar del mundo por distintas buenísimas razones, todas ellas bendecidas por expertos religiosos o expertos financieros o simplemente expertos en el difícil arte de empalar cuerpos pequeños con una lanza. Como uno acaba dudando de casi todo, especialmente del propio vuelo, o sea de la distancia real que lo separa a uno del suelo, o lo que es lo mismo de la distancia que le vas sacando a las cosas, conviene hacer unas cuantas declaraciones de principios antes de cualquier viaje en barca porque después vienen los rápidos y entonces ya no sirven los remos para nada y todo lo que dices no se entiende porque no hay dios que hable con agua en la boca. Antes de que lleguen las cataratas, quería decir que me gusta chapotear y, si suena artificial, que te den por culo, porque hasta el más tonto sabe que no se puede chapotear en aguas profundas y si ves en eso rasgos de inmadurez que te den por el culo otra vez porque hace falta mucho valor para tirarse de cabeza donde no cubre.

Compraba bengalas y sembraba la autopista de bombillas, por las noches no veía gran cosa pero todo lo que veía era suyo.

Se cortó un dedo de cada mano pero ella se quedó un par de días más a su lado. Desgracias de una línea y suerte de estribillo. Zapatillas de colores para todos los niños del mundo. De esas que tienen un colchón de aire en la suela y refuerzo de caucho en las punteras.

Qué hacías antes? Antes tenía un trabajo. Me refiero a uno de esos trabajos que atan los días y los hacen iguales, como dos minutos sentado en el mismo banco son sólo uno. Los días de cobrar eran buenos. Dormía muy poco, tres o cuatro horas. Salía todas las noches. Por las mañanas mientras volvía a casa o directamente al trabajo, me sentía al principio de algo y al final de algo. Los días se arrimaban en espiral. Arrastraba la sensación constante de estar herido.

Sobre todo después de una noche con cocaína. Tropezaba todo el tiempo y me gustaba. Tropezar supone algún tipo de accidente. Oía a los Sex Pistols. A los Clash. Volvía a trabajar. Salía del trabajo y me iba a beber. El trabajo no era nada, sólo una especie de presión invisible. Una serpiente en el barro. Pero tampoco demasiado malo, ni demasiado duro, como mucho estúpido. Algo que hacer, como estar sentado o estar de pie. Ahora recuerdo más a los Sex Pistols que al trabajo. Recuerdo *Should I stay or Should I go* de los Clash. Recuerdo las mañanas más que las noches y estar desarticulado, como uno de esos muñecos del cuerpo humano en los que había que ir montando todas las piezas. Los riñones, el hígado, los pulmones, el páncreas y todas esas cosas. Un muñeco de plástico desarticulado. También recuerdo *Nebraska* de Springsteen, sobre todo *Johnny 99*. A Johnny lo echaban del trabajo así que se ponía a buscar otro, pero estaban cerrando las fábricas y no había nada para él. Entonces Johnny bebía y conducía su coche a toda velocidad, después se compraba una pistola y le disparaba a un vigilante. Al final estaba ante el juez y decía: Deje que me afeiten la cabeza y me ejecuten de una vez.

Era una buena canción.

¿Qué hiciste después?

Dejé el trabajo. Comprobé que la mayor parte de las luces se encendían y se apagaban sin contar conmigo; cines, cafeterías, grandes almacenes, coches, trenes y aviones, las farolas en los puentes y los semáforos. Así que puse los dedos sobre los interruptores que podía controlar. También imaginé que venía algo mejor y me senté a esperar dentro del *Blood on the Traks* de Dylan.

Los niños del último curso se sientan en la hierba y esperan a que termine el verano para empezar a pensar en algo. Sueñan con ser astronautas pero el espacio no cuenta con ellos. Estarán tan cansados de esperar antes de que llegue el invierno que ya ni siquiera mirarán hacia arriba. Procura elegir bien porque un suicida no va a enseñarte a esquivar las minas. Las canciones que escriba a partir de ahora no van a explicarlo todo, pero quién coño quiere oírlo todo. Es más importante tener la ropa adecuada que tener la información adecuada. Esta ciudad puede matarte de un millón de maneras distintas antes de saber qué coño ibas a decir. Es jodido. Pero así están las cosas. Sólo te queda confiar en los ángeles y, bueno, creo que ya todo el mundo sabe que es David Bowie el que cuida de los ángeles. Así que ya sabes hacia dónde tienes que mirar si quieres que amanezca más deprisa, o si en mitad de la noche te da por pensar que no hay nada como estar en casa. Puedes apretar los ojos al dormir pero eso no hará que las pesadillas pasen más deprisa. Una desgracia no disminuye tu porcentaje total de desgracias, eso es algo que inventaron las compañías aéreas para animar a los viajeros después de un accidente. David Bowie es el único capaz de librarte del pánico. Lleva mucho tiempo cuidando de todos los ángeles y puede cuidar de nosotros si aprendemos a confiar en las canciones.

Cruzamos los Estados Unidos sentados sobre un vagón de metro amarillo, no tardamos ni media hora. Saludábamos a los niños con la mano. Nos habíamos comido tantas anfetaminas que nuestras cabezas llegaban a las estaciones mucho antes que nuestros cuerpos. Todos tenían historias de amor tristes que contar. Lou Reed viajaba con nosotros, pero no nos hacía mucho caso. El tenía sus propias historias. Alguien dijo: "Deberíamos bebernos su sangre". El tren iba tan deprisa que no podías escuchar tu corazón agitándose como un taladro neumático. Lou Reed ni siquiera se despeinaba, pero nosotros habíamos perdido nuestros sombreros. Uno dijo: "Deberíamos joder con él". Lou Reed se había quedado dormido y soñaba uno de esos sueños extraños que se sueñan cuando estás dentro del sueño de otro. En su sueño el tren era aún más rápido y hacía ya tiempo que había salido de los Estados Unidos. El viajaba solo encima de su vagón de metro amarillo. Iba tumbado sobre el vagón soñando con escapar de mi sueño. Decía: Tío, no dejaré que me toques. He escuchado lo que alguno de los tuyos quería hacer conmigo. Yo le decía: No tengo nada que ver con eso. Pero él se enfadaba aún más. Decía: Tío, éste es tu sueño, éste es tu jodido vagón de metro amarillo y estos caníbales colgados son tus amigos. Yo le decía: Si pudiera soñar lo que quiero, estaríamos tú y yo solos sentados en silencio como los niños que esperan ser amigos. El decía: Eso está muy bien, tío, suena muy bonito, suena como si llevaras diez años sin echar un polvo, puede que seas un buen chico, pero si todos los buenos chicos me metieranen sus sueños sería como estar muerto. Preferiría que bebieseis mi sangre y me jodierais y acabaseis conmigo de una vez. Todos creéis conocerme bien, todos pensáis que sois especiales, pero al final todos queréis que cante *Walk on the Wild Side* con la boca llena de espaguetis. Mira, chico, mejor déjame comer tranquilo y luego dime cómo coño se sale de aquí.

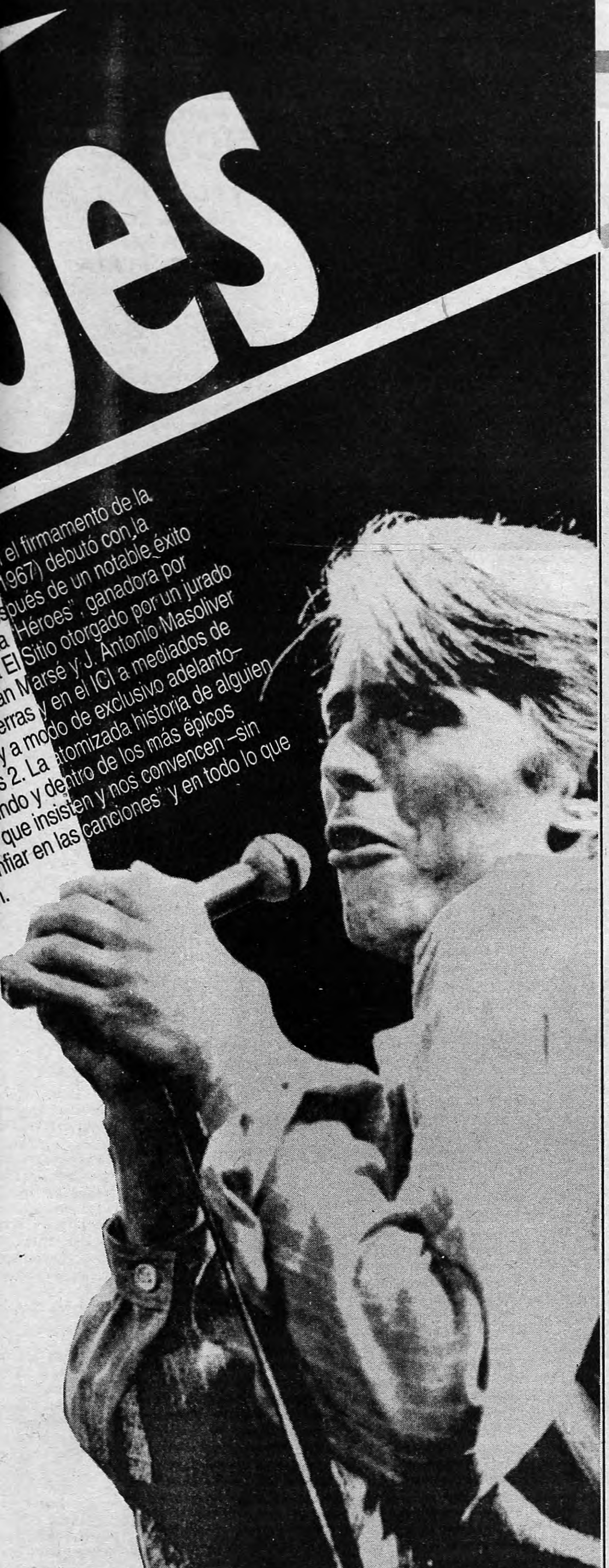
Volé hasta Nueva York después de bombardear mi casa con anillos de plata, le arranqué una sonrisa a un policía que murió desangrado, le regalé una diana al tipo que no consiguió matar al Papa, los abrazos de los míos me hacen sentir como un extraño, una vez soñé con Lou Reed, pero no puedo jurar que a él le gustase mucho estar en mi sueño.

QUÉ ESPERAS DE TUS CANCIONES? Bien, estoy aquí metido, en mi cuarto, y las canciones van saliendo y yo sólo espero que no me dejen tirado, espero de las canciones todo lo que no me han dado mis padres, ellos eran muy buenos con los consejos y con las minas. Ponían millones de minas en el pasillo, decían, chico estamos a tu lado, sólo queremos ayudarte, pero cuando salía al pasillo sólo veía sus minas escondidas debajo de la moqueta. Espero poder andar por encima de mis canciones más tranquilo de lo que andaba por encima de los pasos de los demás.

¿VAS A ESTAR AQUÍ MUCHO TIEMPO?

Voy a estar aquí para siempre.

Se reproduce aquí por gentilez del autor.



que después vienen los rápidos y entonces ya no sirven los remos para nada y todo lo que dices no se entiende porque no hay dios que hable con agua en la boca. Antes de que lleguen las cataratas, quería decir que me gusta chapotear y, si suena artificial, que te den por culo, porque hasta el más tonto sabe que no se puede chapotear en aguas profundas y si ves en eso rasgos de inmadurez que te den por el culo otra vez porque hace falta mucho valor para tirarse de cabeza donde no cubre.

Compraba bengalas y sembraba la autopista de bombillas, por las noches no veía gran cosa pero todo lo que veía era suyo.

Se cortó un dedo de cada mano pero ella se quedó un par de días más a su lado. Desgracias de una línea y suerte de estribillo. Zapatillas de colores para todos los niños del mundo. De esas que tienen un colchón de aire en la suela y refuerzo de caucho en las punteras.

Qué hacías antes? Antes tenía un trabajo. Me refiero a uno de esos trabajos que atan los días y los hacen iguales, como dos minutos sentado en el mismo banco son sólo uno. Los días de cobrar eran buenos. Dormía muy poco, tres o cuatro horas. Salía todas las noches. Por las mañanas mientras volvía a casa o directamente al trabajo, me sentía al principio de algo y al final de algo. Los días se arrimaban en espiral. Arrastraba la sensación constante de estar herido.

Sobre todo después de una noche con cocaína. Tropezaba todo el tiempo y me gustaba. Tropezar supone algún tipo de accidente. Oía a los Sex Pistols. A los Clash. Volvía a trabajar. Salía del trabajo y me iba a beber. El trabajo no era nada, sólo una especie de presión invisible. Una serpiente en el barro. Pero tampoco demasiado malo, ni demasiado duro, como mucho estúpido. Algo que hacer, como estar sentado o estar de pie. Ahora recuerdo más a los Sex Pistols que al trabajo. Recuerdo *Should I stay or Should I go* de los Clash. Recuerdo las mañanas más que las noches y estar desarticulado, como uno de esos muñecos del cuerpo humano en los que había que ir montando todas las piezas. Los riñones, el hígado, los pulmones, el páncreas y todas esas cosas. Un muñeco de plástico desarticulado. También recuerdo *Nebraska* de Springsteen, sobre todo *Johnny 99*. A Johnny lo echaban del trabajo así que se ponía a buscar otro, pero estaban cerrando las fábricas y no había nada para él. Entonces Johnny bebía y conducía su coche a toda velocidad, después se compraba una pistola y le disparaba a un vigilante. Al final estaba ante el juez y decía: Deje que me afeiten la cabeza y me ejecuten de una vez.

Era una buena canción.

¿Qué hiciste después?

Dejé el trabajo. Comprobé que la mayor parte de las luces se encendían y se apagaban sin contar conmigo; cines, cafeterías, grandes almacenes, coches, trenes y aviones, las farolas en los puentes y los semáforos. Así que puse los dedos sobre los interruptores que podía controlar. También imaginé que venía algo mejor y me senté a esperar dentro del *Blood on the Traks* de Dylan.

Los niños del último curso se sientan en la hierba y esperan a que termine el verano para empezar a pensar en algo. Sueñan con ser astronautas pero el espacio no cuenta con ellos. Estarán tan cansados de esperar antes de que llegue el invierno que ya ni siquiera mirarán hacia arriba. Procura elegir bien porque un suicida no va a enseñarte a esquivar las minas. Las canciones que escriba a partir de ahora no van a explicarlo todo, pero quién coño quiere oírlo todo. Es más importante tener la ropa adecuada que tener la información adecuada. Esta ciudad puede matarte de un millón de maneras distintas antes de saber qué coño ibas a decir. Es jodido. Pero así están las cosas. Sólo te queda confiar en los ángeles y, bueno, creo que ya todo el mundo sabe que es David Bowie el que cuida de los ángeles. Así que ya sabes hacia dónde tienes que mirar si quieres que amanezca más deprisa, o si en mitad de la noche te da por pensar que no hay nada como estar en casa. Puedes apretar los ojos al dormir pero eso no hará que las pesadillas pasen más deprisa. Una desgracia no disminuye tu porcentaje total de desgracias, eso es algo que inventaron las compañías aéreas para animar a los viajeros después de un accidente. David Bowie es el único capaz de librarte del pánico. Lleva mucho tiempo cuidando de todos los ángeles y puede cuidar de nosotros si aprendemos a confiar en las canciones.

Cruzamos los Estados Unidos sentados sobre un vagón de metro amarillo, no tardamos ni media hora. Saludábamos a los niños con la mano. Nos habíamos comido tantas anfetaminas que nuestras cabezas llegaban a las estaciones mucho antes que nuestros cuerpos. Todos tenían historias de amor tristes que contar. Lou Reed viajaba con nosotros, pero no nos hacía mucho caso. El tenía sus propias historias. Alguien dijo: "Deberíamos bebernos su sangre". El tren iba tan deprisa que no podías escuchar tu corazón agitándose como un taladro neumático. Lou Reed ni siquiera se despeinaba, pero nosotros habíamos perdido nuestros sombreros. Uno dijo: "Deberíamos joder con él". Lou Reed se había quedado dormido y soñaba uno de esos sueños extraños que se sueñan cuando estás dentro del sueño de otro. En su sueño el tren era aún más rápido y hacía ya tiempo que había salido de los Estados Unidos. El viajaba solo encima de su vagón de metro amarillo. Iba tumbado sobre el vagón soñando con escapar de mi sueño. Decía: Tío, no dejaré que me toques. He escuchado lo que alguno de los tuyos quería hacer conmigo. Yo le decía: No tengo nada que ver con eso. Pero él se enfadaba aún más. Decía: Tío, éste es tu sueño, éste es tu jodido vagón de metro amarillo y estos caníbales colgados son tus amigos. Yo le decía: Si pudiera soñar lo que quiero, estaríamos tú y yo solos sentados en silencio como los niños que esperan ser amigos. El decía: Eso está muy bien, tío, suena muy bonito, suena como si llevaras diez años sin echar un polvo, puede que seas un buen chico, pero si todos los buenos chicos me metieranen sus sueños sería como estar muerto. Preferiría que bebieseis mi sangre y me jodierais y acabaseis conmigo de una vez. Todos creéis conocerme bien, todos pensáis que sois especiales, pero al final todos queréis que cante *Walk on the Wild Side* con la boca llena de espaguetis. Mira, chico, mejor déjame comer tranquilo y luego dime cómo coño se sale de aquí.

Volé hasta Nueva York después de bombardear mi casa con anillos de plata, le arranqué una sonrisa a un policía que murió desangrado, le regalé una diana al tipo que no consiguió matar al Papa, los abrazos de los míos me hacen sentir como un extraño, una vez soñé con Lou Reed, pero no puedo jurar que a él le gustase mucho estar en mi sueño.

QUÉ ESPERAS DE TUS CANCIONES? Bien, estoy aquí metido, en mi cuarto, y las canciones van saliendo y yo sólo espero que no me dejen tirado, espero de las canciones todo lo que no me han dado mis padres, ellos eran muy buenos con los consejos y con las minas. Ponían millones de minas en el pasillo, decían, chico estamos a tu lado, sólo queremos ayudarte, pero cuando salía al pasillo sólo veía sus minas escondidas debajo de la moqueta. Espero poder andar por encima de mis canciones más tranquilo de lo que andaba por encima de los pasos de los demás.

¿VAS A ESTAR AQUÍ MUCHO TIEMPO?

Voy a estar aquí para siempre.

Se reproduce aquí por gentilez del autor.

Verano/12





Jairo se presenta en Villa Gesell.

AGENDA

MUSICA

* Esta noche presentación del Coro Municipal de Cañada de Gómez, provincia de Santa Fe; de Villarmonías, Coro Municipal de Villa Gesell, dirigido por Pinki Marcalaín, y el coro de Niño de Villa Gesell. Organizado por la Sociedad de Encuentros Corales de Villa Gesell a las 21.30 en el Anfiteatro del Pinar. En Av. 10 y Paseo 102.

* Canto Bar en Ladaqués, con Gastón de la Villa. Guitarra, órgano, en el parador Cadaqués. Todas las noches en Av. Costanera y Calle 303, desde las 2.

* Grupo Andino, música del altiplano, todas las noches desde las 22 en Altra Birra. Alameda 202 y Av. Buenos Aires.

* Alejandro Kalinovsky, teclados, y Antonella, voces, con un amplio repertorio, en Altra Birra. Alameda 202 y Av. Buenos Aires. El próximo jueves Filigrana Group, danza contemporánea, dirigido por Clara Cañizares.

* Piernas Locas, rock, en el Paseo de Compras Camino Real. El viernes desde las 23. Paseo 104 y Av. 4. Entrada libre y gratuita.

* El sábado presentación del Coro de Niños del Teatro Argentino de La Palta en el Anfiteatro del Pinar. A partir de las 21.30 en Boulevard Silvio. Gesell y Paseo 102. Entrada libre y gratuita.

* Rulo Vignollés, jazz trío de guitarra, bajo y saxo. Viernes y sábado por la noche a partir de las 23 en el Bel Motel Loft, Alameda 206 y Calle 303.

* Jairo, en el Atlas, Paseo 108 y Av. 3, a las 22.30, el domingo próximo.

* Caldén Sexteto, negros spirituals. Director: Luciano Garay, ex tenor del Teatro Colón, premios internacionales. En Alameda 206 y Calle 303 a las 23 del domingo.

* Opus 4, en el Anfiteatro del Pinar. A las 21.30 en el Boulevard Silvio. Gesell y Paseo 102. Entrada libre y gratuita.

* Curos de Iniciación Coral para adultos todos los días desde las 18.30 a cargo del maestro Abel Schaler en el Anfiteatro Del Pinar, Av. 10 y Paseo 102.

* La Mar en Coche, boliche rockero, presentación de grupos de rock. Todas las noches después de la 1 de la madrugada. En el Paseo 105 entre Av. 2 y Av. 3.

TEATRO

* *El señor del baño.* Monólogos sobre la actualidad. En la Asociación Bancaria, Av. 1 y Paseo 118. Esta noche a las 22.30, entrada libre y gratuita. El mismo espectáculo se presenta el sábado a las 22.30 en Avenida 2 y Paseo 108, Hotel 25 de noviembre, y el próximo martes en Playa y Paseo 126, Balneario Fredda, a las 23.30.

* *La risa es salud*, de Rudy Chernicoff, con las Diab-less, encargadas de presentar cada monólogo con un sugestivo topless. Escenas de la vida cotidiana. A las 22.30, entrada 12 pesos, en Av. 3 y Paseo 109.

* *Cuando florece el corazón*, de Alexei Arbuzof, autor ruso contemporáneo dirigido por Carlos Luzietti. Con la actuación de María Concepción César y Enrique Liporace, que encarnan a una pareja y sus conflictos en la Rusia de 1968. Se presenta en la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109, todos los sábados de febrero a las 23. Localidades a 10 pesos.

* *La lección de anatomía*, de Carlos Mathus. Clásico, con 8 actores en escena. Todos los domingos de febrero a las 23 en Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109, precio de la entrada 12 pesos.

* *Macbeth*, versión de la obra de William Shakespeare, dirigida por Antonio Mónaco. Interpretada por el Teatro de la Universidad nacional de Mar delPlata, la puesta ganó dos Estrellas de Mar en la temporada pasada. Todos los lunes de febrero a las 23 en Av. 3 y Paseo 109. Entada 10 pesos.

* *La casita de los viejos*, de Mauricio Kartún, con dirección de Juan José Vázquez. Una alegoría sobre el autoritarismo interpretada por seis integrantes del Taller de Teatro de la Casa de la Cultura de Villa Gesell. Los martes de febrero a las 23.30 en Av. 3 y Paseo 109. Entrada libre y gratuita.

* *El último varón*, de Jorge Bellizzi. Comedia interpretada por Darío Vittori, Cristina del Valle y María Alexandra. Mañana jueves en el Teatro San Martín 2 en el Paseo 105, entre avenidas 2 y 3. A las 22.30, entrada 15 pesos. Todos los jueves de febrero.

PIBES

* *La aventura de vivir*, del titiritero geselino Fabián Villarreal, obra para chicos en la que se narran las andanzas de Ariel Gaviota. En la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Todos los viernes y domingos de febrero a las 20.30. Entrada 3 pesos.

* *Dulce Gusi*, de Fabián Villarreal, títeres. Exclusivamente los días de lluvia a las 19.30 en la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Entrada 3 pesos.

* Iniciación coral para niños a cargo del maestro Angel Concilio, todos los días a partir de las 15 en el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y Paseo 102.

* Todas las noches presentación de espectáculos callejeros de títeres y mimos en la peatonal, Av. 3 entre los paseos 104 y 108.

DEPORTES Y JUEGOS DE PLAYA

* Badón, de Nigeria, todos los días a partir de las 17 da clases de aerobic al ritmo de rock, cumbias y pachangas en Windsurf, 108 y playa.

* Hoy comienzan las actividades de la Escuela de Minivóley de 16.30 a 17.30 (todos los lunes, miércoles, viernes y sábados) en playa entre los paseos 112 y 113.

* Mañana, el viernes y el sábado Torneo de Beach Voley, a partir de las 11 de la mañana, en playa entre los paseos 112 y 113.

* El domingo, Maxi-Juegos recreativos. Para adultos a partir de las 16 en playa entre paseos 112 y 113. Hoy comienza también Tocata de Rugby, grupos espontáneos de 3 contra 3. Hasta el martes 8 en dos horarios: a las 10.30 y a las 16, en el miniestadio de playa entre los paseos 112, y 113.



